

“PORQUÉ QUISE SER MAESTRO “

JULIO CÉSAR ISLAS LUNA

Aproximadamente a los cinco años de edad tuve la maravillosa oportunidad de tener un hermano, mismo que cuidaba con gran dedicación, ya que mi madre por cuestiones de salud, así me lo había encomendado. Ante tal responsabilidad imaginaba día a día como además de los cuidados que le proporcionaba, cuál sería la manera de mostrar el mundo a aquél pequeño ser; por supuesto inicié poco a poco con ayudarlo a dar sus primeros pasos, así como a mostrarle el movimiento

de mis labios para que repitiera sus primeras palabras, cuál sería mi sorpresa cuando escuché la palabra pppaaapppaaaa, alegría que sentí en lo más profundo de mi corazón, pero esto no fue mayor al escuchar las palabras de mi madre:” mi hijo es un gran maestro”, mismas que de alguna manera trazaron el camino de lo que hasta ahora soy, aunque siendo totalmente honesto esas palabras me sonaron a halago y tomando en cuenta la edad que tenía, quise entenderlas como algo parecido al que yo era “ un buen hermano. “

Mi transitar por la vida continúa con la llegada de mi segundo hermano, dándome cuenta que cada persona era muy diferente desde su nacimiento, comparación que hice con primos y amigos que se acercaban a pedirme ayuda en alguna cosa y yo me sentía comprometido a encontrar la mejor manera de auxiliarlos, dándome cuenta al final que me causaba un gran gusto poder colaborar con las personas que me rodeaban.

La observación siempre presente de mi madre no hizo esperar la frase que en algunos años me dijera y que después siendo ya un adolescente me hizo reflexionar:” mi hijo es buen maestro.”

En ese momento me pregunté qué encerraban aquellas palabras, si acaso era que yo tenía algo de aquél maestro que me enseñó a leer o bien aquella sensación de placer interesante que yo sentía al compartir mi tiempo con los demás era una característica propia de ser maestro.

A partir de ese momento me dediqué a observar a cada uno de los maestros que tenía cerca de mí, situación que me resultó de lo más fácil, ya que fácilmente los separaba en dos grupos, aquellos que sentían afinidad en el tiempo que compartían en sus clases y aquellos en que no, con esto no me refiero a los maestros “buena gente” que nos permitían hacer desorden en el salón, y a los que aunque con el humor no tan agradable mostraban su preocupación en el avance del aprendizaje que teníamos.

Concluí que solo algunos mostraban una sonrisa cuando cada uno de sus alumnos eran capaces no sólo de obtener una buena calificación sino que además ponían en práctica muchos de los conocimientos que habían comprendido.

Al momento de escoger la carrera que de alguna manera sería la que definiría el rumbo de mi vida, no dude un solo segundo en dar a conocer a mis padres que aspiraba ser “ un buen maestro “, y lo defino como una aspiración aún ahora que tengo 26 años de servicio en el magisterio consciente de que el docente debe estar comprometido con su responsabilidad de no solo transmitir conocimientos, sino de motivar a que se generen nuevos, Tener conciencia sobre la responsabilidad que implica no sólo el enseñar contenidos curriculares, sin la trascendencia de la labor de formación del hombre, de ciudadanos de quienes se espera que lleguen a ser personas positivas para el país. Conciencia de que esta seria responsabilidad significa comprender que compete al educador una participación, que puede ser decisiva, en la formación integral de los educandos de hoy, hombre y mujeres de mañana. Reflexionar en cómo ellos se deben incorporar a la colectividad como individuos socialmente valiosos y en cómo nuestras acciones se pueden proyectar con ese objetivo, es tener una clara perspectiva de la trascendencia de la función de educar, y no sólo de enseñar más o menos contenidos de aprendizaje. Es decir, el maestro no se pueden limitar a los conocimientos que su preparación específica les ha dado, sino que deben tener un espíritu de superación que los lleve a cultivarse para conocer y comprender los adelantos, no sólo en su propia disciplina, sino en la cultura en sentido general.

Pensando en todo lo anterior, cada día aspiro a ser “un buen maestro “, como en alguna ocasión me dijo mi madre.